

# Egoísmo altamente refinado

Aurora Solís Sánchez



## Capítulo 1

Llegas a un lugar en el corazón de la ciudad, pero no parece que es en verdad el corazón de la ciudad. Todo parece más tranquilo, el cielo está nublado, y hay ligeras corrientes de aire que te acarician la cara. No puedes evitar pensar en lo diferente que es la ciudad cuando es sábado por la mañana. En fin. Caminas a lo largo de la banqueta, mientras hurgas lo que tienes en los bolsillos del pantalón; palpas la pelusa que quedó dentro por la lavadora, y en menos de un minuto llegas a la puerta del edificio.

Casi inmediatamente das con unas escaleras. El piso es anticuado. Subes las escaleras, primero de dos en dos, hasta que te das cuenta de que el consultorio de la dentista es más arriba, por lo que sería más sensato guardar tus fuerzas. Sigues subiendo las escaleras, esta vez de una en una. Llegas al primer piso, donde está el consultorio del doctor tal, que seguramente está atendiendo a alguien que tiene algún dolor. Piensas que todos tenemos algún dolor.

Sigues subiendo las escaleras, de uno en uno, de dos en dos; te parece que vas a seguir subiendo toda una vida, pero ya diste con el consultorio de la dentista que seguramente te hará sufrir. Decides asomarte por la puerta. Al fondo del pasillo hay una mujer de edad avanzada, rechoncha, escribiendo en una libreta mientras está al teléfono. Ella fue la que te despertó ayer a las siete de la mañana para confirmar tu cita del día siguiente.

Caminas a lo largo del pasillo. En las paredes están colgados los numerosos reconocimientos de la dentista que te va a atender, y por un momento sientes que estás en buenas manos. El piso sigue siendo anticuado. No han remodelado el edificio en mucho tiempo seguramente.

Como en todo consultorio, hay una sala de espera simplona, con revistas insustanciales y viejas. En medio una mesa, cuya presencia o ausencia no cambiaría en nada la decoración del lugar. Los reconocimientos del pasillo se extienden alrededor de la sala de espera.

La mujer rechoncha te felicita por llegar temprano a la cita. Le sonríes lo más francamente que puedes, intentando apartar de tus pensamientos lo indignado que estabas ayer porque interrumpió tu tan indispensable hora del sueño, razón por la cual ayer amaneciste de muy mal humor y hoy no has dormido bien. Una llamada en tu vida altera todo tu ciclo del sueño. Es lo más probable.

Te señala con un gesto amable uno de los desabridos sillones verde olivo de la sala de espera, y te dice que en un segundo la doctora te va a atender. No es cierto. Odias a la gente que dice que esperes un segundo,

porque es la mentira más grande de todo el universo. La mujer rechoncha, si bien ya había caído de tu gracia por despertarte ayer a las siete de mañana, ahora la aborreces más.

Te sientas en el sillón más próximo a la puerta del consultorio, y escuchas el zumbido de una máquina que probablemente le está taladrando la muela a alguien. Alguien está teniendo un día horrible hoy. Aunque muchas personas tienen días horribles muy seguidos. A este le están taladrando una muela, a ese de ahí le están extirpando un tumor, a aquella niña que jugó descalza en el jardín le están arrancando un par de clavos que se le enterraron en la planta del pie.

Estás pensando en que todos están teniendo un día horrible, y estás esperando tu turno para tener tu día horrible. La mujer rechoncha te llamó la atención por apoyar tus pies en una de las patitas de la mesa simplona del centro de la sala.

La mujer rechoncha adora ganarse tus puntos de desprecio. Piensas en esto, y te hace gracia, lo suficiente como para sonreírle hipócritamente. Ella responde al gesto, y sigue escribiendo cosas en su cuaderno.

Ya pasó más de un segundo y aún no entras con la dentista. Alguien entra por el pasillo. Es una mujer embarazada, vestida con una blusa azul que está a punto de dar un estridente botonazo. Intercambia unas palabras con la mujer rechoncha y entra al consultorio, deduces que es la ayudante de la doctora, puesto que lleva esa ropa completamente azul que usan los ayudantes de doctores.

Ha vuelto esa espantosa molestia en tu muela. Ya habían pasado dos horas desde la última vez que apareció. Joder. Bueno, al menos tuviste dos horas sin ese terrible suplicio. Ya recuerdas por qué has venido aquí. Pasas un par de canciones por tu mente, mueves tus pies al ritmo para distraerte del dolor con el que has tenido que lidiar los últimos tres meses.

Aquí dentro te sientes indiferente a lo que pasa allá afuera. Solo te importa tu propio malestar. Aunque seas capaz de pensar en la niña de los clavos en los pies, o en el tipo al que le están extirpando un tumor, o en el parto de la mujer que apenas viste entrar por el pasillo, o en lo que sea que les está pasando al otro porcentaje de la población mundial; no sientes que todo eso te importe realmente. Intentas recordar esa frase que te dijo un amigo hace tiempo.

¿Cómo era?, ¿quién te la dijo? Egoísmo humano altamente refinado. No recuerdas quién lo dijo, ni siquiera recuerdas quién te dijo eso que él dijo. Tampoco recuerdas la frase completa. En fin, vas a tener insomnio hasta que la recuerdes completa. Aunque sería más práctico recordar a la persona que te lo dijo, y después preguntarle la frase; crees que va a ser

más fácil recordar la frase. Después de todo, siempre te complicas la vida.

La mujer rechoncha entra al consultorio para avisarle a la dentista que ya llegaste. Al salir, te indica que ya puedes pasar. Te levantas del sillón verde olivo, que seguramente era verde limón cuando era nuevo.

Dentro del consultorio reina un ambiente de asepsia, hace frío, la dentista es el doble de rechoncha que la mujer rechoncha. Intentas suprimir las risitas de burla, y aprovechas esta fuga de humor como una oportunidad para sonreír amablemente.

Te recuestas en el sillón reclinable del consultorio, que está forrado de plástico. La tela de tu pantalón hace que te resbales un poco. Te duele la muela y haces un gesto de dolor. La mujer embarazada, y la dentista doblemente rechoncha se paran cada una de un lado del sillón reclinable forrado de plástico en el que estás.

La dentista te dice que ya hace bastante tiempo que no te veía por ahí, mientras te revisa la parte trasera de los dientes con ese ridículo espejito circular. Reconoce que tienes una dentadura de verdad apreciable. Aceptas el cumplido, orgulloso. Te pregunta cuál es la muela que te molesta, aunque es difícil gesticular cuando la mujer embarazada te está sujetando los labios con sus dedos. Intentas decirle a la doctora qué muela es, cuando con uno de esos instrumentos puntiagudos, te toca la muela.

Te retuerces de dolor, y te resbalas un poco debido a la tela de tu pantalón. Vuelves a meter las manos en los bolsillos para jugar con las bolitas de pelusa, eso siempre te distrae. Estás encolerizado, maldices a la mujer rechoncha, por no cancelarte la cita; maldices a la mujer embarazada por detenerte los labios con sus dedos; maldices a la dentista rechoncha por tocarte la muela que te ha molestado los últimos tres meses. Maldices a todo el mundo. Al tipo que dijo la frase que no recuerdas, a la niña que jugó descalza y se enterró clavos en la planta de los pies, al hombre que tenía un tumor. Maldices a todo el mundo, como sueles hacer.

La embarazada introduce un tubo que aspira tu saliva, y te preguntas qué le harán a toda la saliva que juntan de los pacientes. La dentista mete su mano a tu boca. El látex de los guantes te hace rechinar los dientes, y sientes que en verdad es el colmo. Sientes la garganta seca, la embarazada te aspira cada partícula de saliva. La dentista enciende la lámpara que está sobre el sillón reclinable, mientras intentas distraerte con la pelusa de tus bolsillos; la luz te da de lleno en la cara. Ya no ves los rostros de las mujeres que te torturan, solo ves su silueta, y sigues

maldiciéndolas, mientras te pican las encías.

“Esto casi no te va a doler” es la segunda gran mentira del universo, después de “espere un segundo”. Llegas a la conclusión de que la mujer rechoncha y la dentista doblemente rechoncha son hermanas. Las dos mienten. Todos los humanos somos hermanos, no porque seamos humanos, sino porque mentimos. Ya empiezas a escuchar el zumbido.

Ya no escuchas la sobria música de saxofón que había de fondo dentro del consultorio. Solo escuchas la voz de la dentista, pidiéndole hisopos a la ayudante embarazada, y el zumbido, que se acerca más a ti.

Después de todo esto, vas a intentar con todas tus fuerzas recordar quién te dijo de la frase del egoísmo humano altamente refinado.